



*El Águila
de las alas rotas*

Fernando Baeza C.

El Águila de las alas rotas

Fernando Baeza C.

© Fernando Baeza C.

ISBN 978-84-697-2739-3

Depósito legal: 00/2017/53

Maquetación: Luz Cignoni B.

Diseño portada: Cristian Mancera.

Edición: Noa Alarcón M.

Palma de Mallorca, España, 2017

El águila de las alas rotas

Miró hacia todos los lados, como si intentara adivinar por dónde se había colado aquella fría ráfaga de viento del norte que entumeció repentinamente sus viejos huesos y desordenó unas cuantas plumas blancas sueltas en su largo cuello, calvo y arrugado.

A lo lejos y por encima de algunas nubes blancas y peregrinas divisó una pequeña mancha negra, que desde la distancia le pareció

como dispersos puntitos negros. Aunque ya sabía de qué se trataba.

Recordó ligeramente y con cierto esfuerzo las muchas veces que ella misma había soñado e intentado ser parte de aquella honorable mancha negra que ahora se movía a gran velocidad.

Bajó la vista, como para intentar encontrar algún pensamiento de buena intención que le aliviara de aquellos amargos recuerdos de su pasado que le asaltaban sin misericordia y le robaban la paz. Pero con lo único que tropezó su débil y can-

sada vista fue con sus enormes y deformes garras.

Sabía que al mirarlas le recordaban su situación y de paso reafirmaban una vez más su destino y procedencia.

Pero no sólo era eso. También lo era el lugar donde el gran Jefe Águila le había pedido que esperara al resto de la bandada: en la roca sobresaliente de los picos nevados de la gran montaña azul, ubicada en el extremo más lejano del valle de los cuatro ríos.

¡Sí! Allí en la roca sobresaliente se celebraban las asambleas

anuales más importantes de todas las bandadas de águilas del valle. En aquel lugar se condecoraba o se degradaba a las aves más ilustres de su misma especie por los logros alcanzados o las derrotas cosechadas.

Nuevamente otra leve ráfaga de viento azotó su plumaje y sintió un frío que le heló hasta el corazón. Apretó las alas contra su cuerpo para darse un poco más de calor. Rengueando se acercó a una roca un poco más grande y se apoyó allí con la intención de recibir algo de protección, esperando que la nube de alas que ya se veían próximas aterrizara pronto en aquel lugar, aprove-

chando el momento y las corrientes de aire propicias.

Mientras esperaba se distrajo mirando el cielo, desde donde escuchó los graznidos de los últimos gansos salvajes de la temporada que en perfecta formación volaban hacia el sur.

Después miró hacia el valle y contempló que la bulliciosa alfombra verde que antes lo había cubierto, ahora se tornaba amarillenta y silenciosa. En medio de los árboles del frondoso bosque divisó largas filas de animales que a paso lento también se alejaban de aquel idílico lu-

gar para volver el próximo año y completar nuevamente de esta forma el círculo de la vida.

Hasta la corriente de los ríos era más lenta y plateada que nunca. A lo lejos, el sol que recién se despertaba (vestido con un reluciente traje de otoño) saludaba perezosamente a la luna que bostezando (envuelta en una rebanada de fina luz) se disponía a dormir otro día más.

Y, por último, volvió a mirar las cimas de las altas montañas cercanas que otra vez se estaban cubriendo de immaculados vestidos, albos y fríos.

Sabía que terminaba un ciclo de la naturaleza, pero también para ella concluía el ciclo de los tiempos.

En aquel lugar, en la roca sobresaliente y al final de sus días, las águilas eran reconocidas solo por dos nombres: las águilas de las alas de plata y las águilas de las alas rotas.

Las primeras eran aquellas que se habían destacado en medio de las demás y habían contribuido con todas sus energías al mantenimiento y sostén de la bandada. Eran las primeras que llegaban con las presas abatidas después de un día

de caza, las primeras que se sumaban a la defensa de la bandada cuando eran atacadas por otras aves y además dejaban tras de sí una fuerte y abundante prole de nuevos aguiluchos que asegurarían la descendencia.

Las segundas eran aquellas que no se habían esforzado demasiado en contribuir y, sin importar demasiado el porqué, no lograban adaptarse a los altos niveles de exigencia que les imponía la bandada e incluso se les consideraban un estorbo para el resto de las hermanas aves.

Para las primeras (las de alas de plata) estaba reservada la Gran Honra. Era un homenaje que todas las que ya estaban en condiciones de cazar y volar rendían a aquella que se había destacado. Consistía en unir sus alas alrededor de ella y en un gran círculo lanzar un graznido de júbilo que se escuchaba por todo el valle. Y cuando morían sus cuerpos eran incinerados en una gran hoguera, para que el fuego que se elevaba al cielo fuera recogido por el Gran Espíritu, Señor de los Cuatro Rincónes del Mundo, quien lo llevaba a las perennes moradas inmortales ubicadas en las sublimes alturas de los cielos y allí el espíritu de las águilas

de plata volaría eternamente de estrella en estrella.

Para las segundas (las de las alas rotas) estaba reservada la Gran Deshonra. Era un acto de degradación en el que el águila caía en desgracia era puesta en medio de un círculo, de todas sus demás compañeras. Estas, una a una, le daban la espalda y a medida que lo hacían iban levantando el vuelo y se alejaban lo más pronto posible de aquel lugar, dejando al águila deshonrada completamente sola. Algunas de ellas no soportaban tal agravio, y después se lanzaban en picado con-

tra las duras rocas de la montaña a más de cien kilómetros por hora.

Ella era un águila de alas rotas. Y para el resto de la bandada era una fracasada.

Cerró los ojos y movió su cabeza con insistencia, como intentando ahuyentar a todos aquellos demonios en forma de buitre que la atormentaban y que en todo momento le recordaban que era una fracasada. El frío le apretaba cada vez más. No era el que sentía en el cuerpo el que le hacía sufrir, sino el que helaba su corazón.

Cerró los ojos y quiso quedarse así para siempre. Sabía perfectamente de qué le acusarían sus demás hermanas águilas antes de deshonrarla: de ser una traidora a las leyes y costumbres de la bandada, de no llegar a tiempo al lugar de caza convenido, de no ejercitar sus habilidades como ave de rapiña para lograr mejores presas, de perderse en medio de una tormenta de nieve, de tirar el agua que traía para los demás polluelos al no saber cómo mantener el equilibrio para aterrizar, de dudar antes de cazar a aquellos que eran sus enemigos naturales, de quedarse enredada en las ramas de los árboles y convertirse en el haz-

merreír de todas las demás águilas, de esto, de aquello, de lo demás, de aquí y de allá, y la lista se alargaría según fuera el águila que se levantara para reprocharle sus faltas.

Poco importaba que les diese algunas explicaciones para que comprendiesen su situación.

Qué les importaba saber que el huevo que la contenía antes de nacer, ante un descuido de su madre, fue a caer al fondo del acantilado y debido a aquello había nacido con las patas quebradas. Qué les importaba saber que cuando llegaba la comida desde la boca de su madre

ella siempre llegaba al último. Qué les importaba saber que desde su nacimiento veía menos con uno de sus ojos, y ello le impedía distinguir las presas y ejecutar movimientos en medio de las rocas y árboles. Qué les importaba saber que su padre había caído abatido por la bala infame de un cazador sin escrúpulos y que su madre, no pudiendo soportar el dolor, se había lanzado a las aguas del río y el peso de sus alas mojadas la arrastró hasta la gran catarata que caía en picado majestuosa, cual velo de novia, por más de trescientos metros. ¡Nada de esto les importaba! ¡Tendría que haberse comportado como un águila! Y punto.

Le pareció sentir una breve ráfaga de viento en la cara y un leve aletear. Abrió lentamente sus ojos y se sorprendió al ver a todas las águilas rodeándola y mirándola con ojos de asco e inmisericorde juicio. De antemano ya sabía cuál sería su reconocimiento.

Serio y con el semblante de piedra, el gran Jefe Águila le hizo una señal despectiva con la cabeza indicándole que se aproximara y se pusiera en medio del círculo que estaba conformado por las águilas de todas las bandadas del gran valle.

Mientras cojeaba y se aproximaba al centro del círculo sintió sobre sí, como fríos y afilados cuchillos, las miradas de todas las demás aves.

Intentó mover las patas y una de sus alas para mantener el equilibrio, pero percibió que ya no le pertenecían. Creyó oír, o quizás se imaginó, más de alguna risa burlona a sus espaldas.

Cerró nuevamente sus ojos y sintió como si flotara en una nube blanca, de aquellas que tantas veces había admirado en el alto cielo. Y en su mente creyó imaginarse otros

cientos de nubes blancas con forma de águila que salían a recibirle, que venían a su encuentro.

Cada uno de los representantes de las bandadas del gran valle habló con duros argumentos y reprocharon sin piedad al águila de alas rotas por su irresponsabilidad y por sus repetidos fracasos.

Cuando llegó el turno del gran Jefe Águila también se dirigió a ella en los mismos términos. El águila de las alas rotas, con sus ojos aun cerrados, no se movió de su lugar.

Uno a uno los representantes de las bandadas se giraron y dieron

la espalda al águila que permanecía inmóvil en el centro del círculo. Cuando también lo hizo el gran Jefe Águila y se aprestaba a alzar las alas para alejarse lo más rápido del lugar, pues era el primero que debía salir, un murmullo de sonidos extraños, de pasos y de ruidos lejanos les hicieron detenerse por un momento.

Un ahogado sonido de sorpresa surgió de los picos de las águilas cuando vieron venir por un costado una gran compañía de aves y de animales. Alces, gansos salvajes, ardillas, castores, gorriones, marmotas y unos cuantos más se arremolinaban en torno a una bandera blan-

ca que enarbolaba en uno de sus cuernos el Señor de los Alces.

- ¡Queremos hablar con el Señor de las águilas! - retumbó en la montaña la voz del Señor de los Alces, al igual que cuando bramaba en medio de los bosques.

- ¡Soy yo! - se escuchó decir a una voz trémula de asombro. El Señor de las Águilas avanzó al encuentro de uno de sus enemigos naturales. En otras condiciones le hubiera partido el cuello con sus garras, pero hasta los animales respetaban la bandera blanca que representaba la señal del diálogo.

- Sabemos que para vosotros esta es una ocasión especial en que honráis o deshonráis a una de vuestras hermanas - agregó el Señor de los Alces - y sabemos cuál es el destino que le espera al águila que hoy juzgáis. Sabemos que es un águila de las alas rotas.

En ese instante el ambiente era tenso y cualquier movimiento en falso o palabra mal entendida significaría el fin de aquella conversación y el comienzo de una masacre.

- ¡Nosotros hemos venido a honrar a vuestra hermana caída en desgracia! - terminó de acotar el

Señor de los Alces, mientras los demás animales y aves que le acompañaban asintieron con la cabeza. Todas las águilas se miraron asombradas unas a otras preguntándose qué estaba sucediendo allí.

- ¿Y por qué creéis que esta fracasada merece vuestro reconocimiento? - preguntó una de las águilas más jóvenes, visiblemente molesta por la intrusión de aquellos extraños.

- ¡Porque ella ha significado para nosotros la continuación de la vida! - recalcó con firmeza el Señor de los Gansos. Sin dar tiempo a que

se enredaran en una discusión sin sentido continuó con su firme apología.

- Hubo una ocasión en que atacasteis en bandada uno de nuestros nidos comunitarios. Solo uno de los pequeños polluelos se salvó. Era mi hijo. Era el objetivo del águila a quien vosotros ahora deshonráis por su falta de destreza al volar. Debido a ese error, ahora mi hijo tiene la oportunidad de ser el jefe de las bandadas de gansos que vuelan hacia el sur.

- Y en otra ocasión nos atacasteis en la cima de las montañas y

ella falló al coger a mi hermano de los lomos, se apresuró a agregar el Señor de las Cabras Montañesas.

- Tiempo después nos perdimos en la montaña y mi hermano encontró la ruta de salida cuando todo el rebaño quedó atrapado por la nieve. De lo contrario hubiésemos muerto de hambre y desaparecido como especie.

- Y aquella vez cuando falló al intentar cazar a mi hijo en el sendero del bosque y quedó enredada en las ramas de los árboles. Si hubiera perdido a mi hijo hubiera enloquecido, pues perdí a mi esposa por

el fuego de un cazador - terminó de agregar el Señor de los Alces.

Y así, uno a uno, los señores de los demás animales y aves del bosque fueron detallando cómo los continuos errores del águila de las alas rotas resultaron en bendición, nuevas oportunidades y largura de vida para ellos.

También, uno a uno, dieron media vuelta y se fueron alejando poco a poco de la gran roca, dejando detrás a la gran asamblea de águilas que, sin dar crédito a lo que habían oído, seguían intercambiando miradas de asombro entre sí.

El gran Jefe Águila pasó una de sus alas por su frente mientras intentaba comprender toda aquella situación. ¡Su hermana, el águila de las alas rotas le había fallado al sistema de las águilas, pero no al sistema de la vida!

Y por sus continuos errores otros ahora estaban con vida y el círculo de la existencia seguía su curso normal. ¡Hasta sus enemigos naturales reconocían el mérito del águila fracasada, la de las alas rotas!

Para ellas, las águilas, su hermana era una infortunada, una fracasada y una inútil, pero para los

demás, para el resto de la creación viviente, que eran muchos más, había sido una oportunidad de vida. Visiblemente perturbado como todas sus demás hermanas, el gran Jefe Águila se dirigió hacia el centro del círculo para reanimar al águila de alas rotas y decirle que reconsiderarían su caso.

Le tocó con una de sus alas, pero no se movió. En silencio había alzado el vuelo eterno mientras todas las demás águilas le reprochaban sus errores.

Entonces el gran Jefe Águila alzó sus enormes alas y todas las

alas de todas las demás águilas se tocaron en las puntas formando un gran círculo. Abrió su fornido pico y lanzó su más potente graznido de júbilo y regocijo, y todas las demás gargantas se unieron a él en aquel magnífico coro de la naturaleza salvaje que se derramó desde las alturas por todo el valle, mientras caían por sus emplumadas mejillas lágrimas de profunda constricción y arrepentimiento.

Y un fuego espontáneo surgido al calor de un perdón tardío pero genuino y sincero, nacido de corazones de águilas que jamás habían perdonado a alguna de sus se-

mejantes ningún error, ni fracaso, ni deficiencia, ni decisiones equivocadas; abrazó el cuerpo de otra águila que alguna vez tuvo las alas rotas.

Porque sabían que mañana, en el glorioso amanecer de un nuevo día, el Señor de los Cuatro Rincones del Mundo tomaría en sus manos el espíritu de un águila de alas rotas (ahora un águila de alas de plata), y lo soltaría libre en el infinito para que desde ahora en adelante volase eternamente de estrella en estrella.

Ella era un águila de alas rotas.
Y para el resto de la bandada era una fracasada.

